

á su empresa; era muy cuidadoso en observar todos los fenómenos de la naturaleza; pero no estaba lo suficientemente adoctrinado para dar la verdadera explicacion de ellas; mas no se ocultaban á su penetracion los indicios de un nuevo mundo y un nuevo cielo, y enlazaba los hechos aproximando sus relaciones. Primeramente advirtió la desviacion de la aguja magnética ántes de Pigaffeta; conoció el modo de hallar las longitudes por medio de la diferencia de la ascension recta de los astros; observó la direccion de las corrientes, los grupos de plantas marinas que establecen una gran division de los diversos climas del Océano, el cambio de temperatura, no solo en relacion con la distancia del Ecuador, sino con la diferencia de meridianos, sin descuidar por esto sus apuntes geológicos acerca de la forma de la tierra y sus causas.

Estas y otras observaciones se hallan reunidas en su diario y en sus cartas. En el fondo de todos sus escritos se descubre un vivo sentimiento religioso que le hace creer visiones y revelaciones, estableciendo como principal objeto de su empresa el aniquilamiento del islamismo, la conversion de los súbditos del gran kan, la reedificacion de Jerusalem y del Monte Sion; entusiasmos piadosos que contrastan con la sencillez de sus relaciones, bien distintas de tener la afectacion enfática de Vespucio y de los demas viajeros.

Pero los navegantes no tenian esta profunda persuasion, ni esta constancia en salir adelante. Todo les parecia nuevo y extraño; peligrosas las corrientes, aterrador el volcan de Tenerife, la gran calma tropical y las islas flotantes de verdura (*vareca*); el mismo viento de Levante que les era propicio, temian que continuase soplando siempre de modo que les impidiera volver. Así es que Colon tenia que vencer esta repugnancia con razones, con astucias, con severidad, y sobre todo, con una firme resolucion de caminar rectamente á Poniente, aunque algunos fenómenos le indicaban que debia buscar tierra á derecha ó izquierda. Entretanto trascurre tiempo, y aunque Colon les hacia creer que era menor el camino que habian recorrido, y decia que solo habia atravesado quinientas sesenta y ocho leguas cuando habian andado setecientos siete desde Canarias, se creían ante un espacio infinito; mil incidentes que á cada paso prometian encontrar tierras, salian falsos; la ilusion de las nubes que se tomaban por islas, redobló el desaliento con el desengaño; la deseada Cipango solo aparecia en el mapa adicionado continuamente por Colon; las setecientas cincuenta leguas que calculaba para llegar á ella se habian recorrido, y sin embargo el sol desaparecia del horizonte sin distinguirse ninguna ribera.

Á veces murmuraban y tambien se sublevaron los marineros (1); pero al fin descubrieron

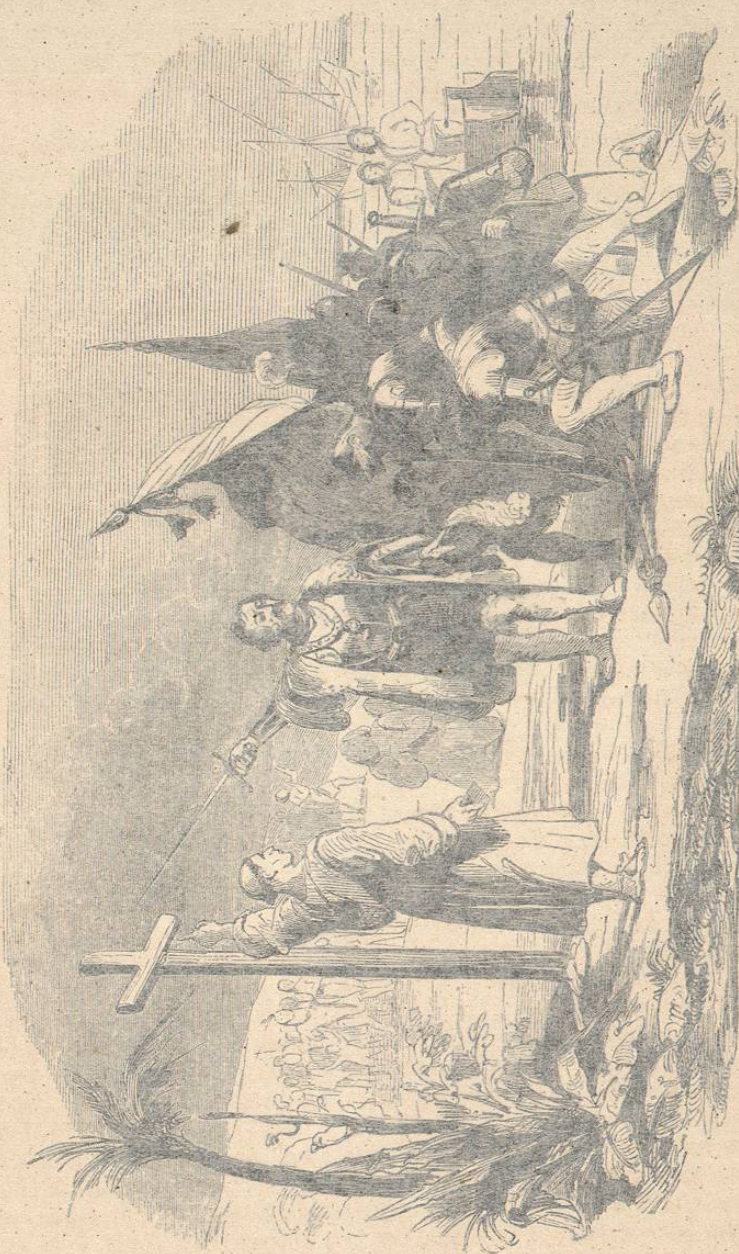
(1) La historieta sabida de la sublevacion contra Colon, de la amenaza de arrojarle al mar, de su promesa de volverse si

tierra, y la palabra *Tierra, Tierra*, se repitió de boca en boca. La alegría enteramente material que reinó en la chusma por haber salvado la vida y encontrado aquellos países, ¿tiene algo que ver con el intenso placer de Colon, que vió colmados sus deseos de treinta años, mudando los sarcasmos en aplausos, que vió descubierto un nuevo mundo, coronados sus esfuerzos de média vida y abiertos nuevos y gloriosos trabajos para la otra mitad? Este es uno de esos momentos que solo conoce el verdadero genio, y que basta para recompensar una vida llena de abnegacion y de padecimientos.

El sol del 12 de octubre (1492) alumbró una de las islas mas bellas, en cuyos bosques brillaba un verde desconocido, y de la que salieron una multitud de hombres desnudos y admirados. Echadas al mar las chalupas, vestido de gala y con el estandarte real en la mano desembarcó Colon; rodeado de un aire balsámico, de una vigorosa vegetacion, y de una satisfaccion que el vulgo no entiende, postróse en tierra para dar gracias á Dios, y tomó posesion del país. Los naturales nada comprendian de estas ceremonias; pero sencilla y tranquilamente se acercaban á mirar y aun tocar á los recién llegados, que á su vez se admiraban de los indígenas.

« Yo (dice Colon en su diario el dia 15 de octubre) porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraria y convertiria á nuestra santa fe con amor que no por fuerza, les dí á algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponian al pescuezo, y otras cosas, muchas de poco valor, con que hubieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales despues venian á las barcas de los navios adonde nos estábamos nadando, y nos traían papagayos é hilo de algodón en ovillos y azagayas, y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nos les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenian de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y tambien las mujeres, aunque me vide mas de una farto moza, y todos los que yo ví eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de mas de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, é cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detras que traen largos, que jamas cortan: dellos se pintan de prieto, y ellos son de la color de los canarios, ni ne-

no se descubria tierra en un término dado, no están fundadas sino en verosimilitudes y en el aserto de Oviedo, así es que Colon en su diario dice que el 10 de octubre respondió á los marineros: « No conseguiréis nada con vuestras quejas. Yo me he puesto en camino para ir á las Indias, creo llegar á ellas, y no cederé hasta que con la ayuda del Señor las haya encontrado. »



DESEMBARQUE DE COLON EN AMÉRICA.



gros ni blancos, y dellos se pintan de blanco y dellos de colorado, y dellos de lo que fallan, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solos los ojos, y dellos solo el nariz. Ellos no traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen algun fierro; sus azagayas son unas varas sin fierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pece, y otras de otras cosas. Ellos todos á una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; yo vide algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos y les hice señas qué era aquello, y ellos me mostraron cómo allí venían gente de otras islas que estaban acerca y les querían tomar, y se defendían, y yo creí é creo que aquí vienen de Tierra Firme á tomarlos por captivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decia, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo á nuestro señor, levaré de aquí al tiempo de mi partida seis á V. A. para que deprendan hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla. Ellos vinieron á la nao con almadias que son hechas del pié de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo, y labrado muy á maravilla segun la tierra, y grandes que en algunas venían cuarenta ó cuarenta y cinco hombres, y otras mas pequeñas, fasta haber dellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de fornero, y anda á maravilla, y si se le trastorna, luego se echan todos á nadar, y la enderezan y vacian con calabazos que traen ellos.

» Y yo que estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen á la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur ó volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un rey que tenía grandes vasos dello y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá, y despues vide que no entendían en la ida. Determiné de aguardar fasta mañana en la tarde y despues partir para el Sudeste, que segun muchos dellos me enseñaron, decían que había tierra al Sur y al Sudoeste y al Noroeste, y que estas del Noroeste les venían á combatir muchas veces, y así ir al Sudoeste á buscar el oro y piedras preciosas.

« Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes, y muchas aguas, y una laguna en medio muy grande, sin ninguna montaña, y toda ella verde, que es placer de mirarla; y esta gente farto mansa, y por la gana de haber de nuestras cosas, y teniendo que no se les ha de dar sin que den algo y lo no tienen, toman lo que pueden y se echan luego á nadar; mas todo lo que tienen lo dan por cualquiera cosa que les den; que fasta los pedazos de las escudillas, y de las tazas de vidrio rotas rescataban, fasta que vi dar diez y seis ovillos

de algodón por tres ceotis (1) de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría mas de una arroba de algodón filado. Esto defendiera y no dejara tomar á nadie (2), salvo que yo lo mandara tomar todo para V. A. si hobiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe, y tambien aquí nace el oro que traen colgado á la nariz; mas por no perder tiempo quiero ir á ver si puedo topar á la isla de Cipango. »

Llamábase aquel país Guanahani, y Colon le tituló San Salvador (3); era una de Las Lucayas, que estaba rodeada de las innumerables islas del banco de Bahama, y que Colon creía que eran las 7,488 indicadas por Marco Polo. Colon navegó por medio de ellas, encontrando siempre nuevas maravillas, y buscando siempre su deseada Cipango, desde la cual llegaría en diez días á Quinsay, y despues de haber presentado al gran kan las cartas de sus reyes, volvería con la respuesta, lleno de gloria por haber llegado á India por opuesta direccion.

Creó arribar á Cipango cuando descubrió la isla de Cuba, con su magnífica vegetacion, sus flores, sus frutos y sus aves que rivalizaban en la brillantez de los colores: « Es la mas hermosa isla que jamas vieron los ojos humanos, » llena de excelentes puertos y profundos rios; » no sé salir de ella; » y encantado exclamaba como el pastor de Virgilio: « que podría vivir » eternamente en ella. » Al espectáculo del día sucedían las noches tan hermosas en los trópicos, en que las estrellas brillan en toda su pureza, sobre los odoríferos bosquecillos en una perpétua serenidad. Colon en todas partes veía la India y las especias y el oro, interpretando los nombres indicados por los salvajes para que correspondiesen con los que citaban los viajeros.

Pero las ciudades y las corts que Colon se había prometido no parecían, ni encontraba tampoco una civilizacion elegante y rica, sino una ingenuidad primitiva, escasa de necesidades y de caprichos. Entre otras islas descubrió la de Haití, una de las mas bellas del mundo, y destinada sin embargo á ser de las mas infelices. Sus habitantes eran buenos, y muy hospitalarios, y Colon escribía á los reyes: « Si » VV. AA. mandasen prenderlos á todos y tenerlos prisioneros en su misma isla, nada » sería mas fácil que conseguirlo. » Los indígenas acogieron cordialmente á Colon, y le ayudaron á construir una fortaleza que llamó la Española, primer eslabon de la cadena que tan cruelmente debía sujetar la América á la España.

(1) Por *centi* ó *cepti*, moneda de Ceuta que corria en Portugal.

(2) Es una gran prueba de la moralidad de Colon el cuidado de impedir este tráfico, porque le parecia poco decente, y usurario. Como si no fuese la opinion la que daba el precio al oro así como á las cuentas de vidrios.

(3) Cibbs, en una comunicacion á la sociedad histórica de Nueva York, cree que la isla en que ancló Colon, no fué San Salvador, sino la Turk's Island; Navarrete adoptó esta opinion.